

para dar al mundo aquel Salvador que se ha hecho indispensable, y que además había sido anunciado por todos los profetas para una época ya transcurrida. En esta nueva creación, extraña, milagrosa, sólo digna del Dios desconocido que crea y del Dios incógnito que va á nacer, no penetra ni un átomo del barro terrestre. La serpiente no ha podido intervenir; ni siquiera el hombre es admitido. Esta vez la Virgen no tendrá que avergonzarse; la mujer no tendrá que reprenderse; la madre no tendrá que sustituirse: ella es sola, es una, y ninguna forma humana le quita ni reemplaza por un momento á su Dios. El esposo sólo está allí como testigo, asombrado primero y despues respetuoso ante aquella esposa inmaculada. Los dos estados sagrados de la mujer, los que el hombre, á no estar maldito ó loco, respetará eternamente, la virginidad y la maternidad, estados incompatibles hasta entónces, van á formar uno solo, en una sola persona, y cada uno en su totalidad.

¡Qué gracia tan interesante! ¡Qué poesía tan audaz! ¡Qué majestad tan imponente y tierna!

¡Ah! ya estamos léjos, no sólo de los amores groseros del Olimpo y de las monstruosas fecundaciones de sus dioses, sino hasta de la inocencia curiosa de Eva y de la emoción púdica de Rebeca. La imaginación de los poetas más grandes no ha concebido nunca nada semejante. Un cielo de Oriente,

un ángel que pasa, una azucena que se inclina, una Virgen que reza; y el Salvador del mundo, el Hijo de Dios ha nacido. Hé aquí el triunfo de la mujer en su expresión más alta y más ideal.

Y ahora bien, el que acaba de nacer de una Virgen, el que dirá á la Samaritana: «Yo soy el Mesías que os han anunciado,» el que dirá en la sinagoga de Capharnaum: «Las palabras que os digo son espíritu y vida; yo soy la luz del mundo,» el que dirá á los judíos: «Yo ¡que os hablo soy el principio de todas las cosas:» el que dirá aquellas palabras, que ninguna boca humana se ha atrevido á decir ántes que él, y que ninguna boca humana se atreverá á decir despues: «¿Quién será el de vosotros que me pueda convencer de ningun pecado?» El que todo eso puede decir, veamos lo que responde la única vez que habla á esa Virgen única, á esa Madre incomparable en cuyas entrañas ha sido divinamente engendrado:

«Hubo unas bodas en Caná de Galilea, y la Madre de Jesús asistió á ellas.

» Jesús fué también convidado con sus discípulos á las bodas.

» Habiendo faltado el vino, la Madre de Jesús le dijo:

» No tienen vino.

» Jesús le contestó: Mujer, ¿qué hay de comun entre ambos? Mi hora no ha llegado todavía.»

¿Y quién refiere esto? El testigo más irrecusable

de los hechos, el discípulo más fiel del Hijo, el amigo más tierno de la Madre; aquél á quien Jesús moribundo se la habia de confiar: San Juan.

Si nos atenemos á la letra del texto que acabo de citar, Jesús no tendrá el derecho de decir más tarde: «¿Quién de vosotros podrá convencerme de ningún pecado?» porque cualquiera le contestaría: «Has quebrantado uno de los Mandamientos de Dios, de quien dices ser Hijo; has faltado de respeto á tu Madre, y ¡á qué Madre! Ninguno de nosotros á quien quieres enseñar la Ley ha hecho otro tanto.»

¿Qué significa entonces esa brusca y altanera frase, después de la cual, María, en vez de recordar á su Hijo su deber filial, y despedirlo como Noé despidió al hijo irrespetuoso, después de la cual, María, recordando ella misma su deber, se contenta con decir modestamente á los que la rodean: «Haced todo cuanto os diga?»

Esa frase significa simplemente que siendo Jesús el principio mismo de las cosas, como él mismo lo ha dicho, todas las cosas, desde su venida á la tierra, deben volver al orden eterno que Dios ha fijado, orden que el primer hombre desconoció y perturbó, escuchando la voz de la primera mujer, y que después de cinco mil años de error se trata de restablecer.

En este nuevo Eden, la serpiente no debe influir ya sobre la mujer; la mujer no debe tener dominio

sobre el hombre *ni hacerle anticipar su hora*. Sólo él es juez de la oportunidad de su acción, y aunque forme alianza de cuerpo y de alma con ella para el cumplimiento de las voluntades del Señor, debe subordinarla, comprenderla, asociársela sin sufrir jamás su yugo. Lo divino, lo masculino y lo femenino recobran sus posiciones respectivas. Cada uno vuelve de pronto á su plan, se ve llamado á sus funciones y vuelve á su destino. Dios sigue siendo omnipotente; el hombre vuelve á ser todo mediación, y la mujer se reconoce de toda disponibilidad. El hombre ya sólo escuchará á Dios, la mujer al hombre. Si la mujer atiende á la serpiente, entonces irá á arrastrarse con ella; y si el hombre escucha á la mujer, irá á morir en ella.

Y por eso Jesús, el Dios hecho hombre para que éste reconquiste á su Dios, contesta, no á la Virgen, no á la Madre, sino á lo femenino: «¿Qué hay de común entre ambos? Yo no procedo más que de Dios, mi padre. Yo soy el mediador, tú solo eres mi auxiliar.» Y lo femenino, reconociendo á su señor, contesta humildemente por la voz de María: «Haced todo cuanto os diga.»

Y ahora, ¡que los que tengan oídos oigan! ¡Que los que tengan ojos vean! Ya no hay que alegar ignorancia, ni atribuirse unos á otros la responsabilidad después del divino golpe de estado, del nacimiento de Cristo. ¡La verdad se ha impuesto! ¡La

ley es conocida! ¡El universo tiene un Dios, la humanidad un alma!

Por esta admirable tradicion de la Biblia, tengo la vida en Adan, la tierra en Noé, la familia en Abraham, la ley en Moisés, la redencion en Jesús, con ciertas condiciones que están al alcance de mi inteligencia y de mis fuerzas. El Antiguo Testamento me explica y me da la tierra; el Nuevo Testamento, comprendiendo que la tierra ya no me satisface, me vuelve á abrir las puertas del cielo.

Por el primero sé de qué Dios procedo; por el segundo hácia qué Dios vuelvo; y ciertamente que es el mismo, inagotable é infinito en su amor, eterno é inmutable en su voluntad.

Un espíritu como Moisés, el más grande que el mundo ha conocido; un alma como Jesús, la más pura que jamás haya resplandecido sobre los hombres, ¿pueden acaso engañarme? ¿Y por qué lo harían? ¿Qué provecho sacarían con ello? ¿Qué otro interés existía sino el de esa miserable humanidad ignorante y desviada, por la cual luchaba el primero y moría el segundo? Y esos millares de mártires que morían sonriéndose y cantando al nuevo Dios en medio de los más horribles suplicios, ¿qué interés tenían en sufrir semejante muerte sino el de probar la existencia de aquel Dios tan repentinamente revelado, que satisfacía su inteligencia, su corazón y su alma hasta en medio de los tormentos

que sufrían por su causa? Y yo, hombre nuevo, que gracias á ellos no tengo ya luchas que sostener sino conmigo mismo, ¿no había de creer en un Dios así proclamado? ¿Han de haberse cumplido inútilmente tan grandes acontecimientos? ¡Tanto genio! ¡Tanta pureza! ¡Tanta virtud! ¡Tanto valor! ¡Tantas afirmaciones! ¡Tantas esperanzas! ¡Tantas pruebas! ¿Todo para nada? ¿Moisés sería un aventurero? ¡Jesús un impostor! ¡Los apóstoles unos ambiciosos! ¡Los mártires unos locos! ¡Imposible! Su Dios es el mio; ese es el que yo busco; ese es el que yo quiero. Vosotros todos que habeis luchado, que habeis amado, que habeis sufrido por mí, acogedme entre vosotros; yo quiero luchar, quiero amar, quiero á mi vez sufrir por la verdad que habeis afirmado y proclamado. Veo, conozco, creo, comprendo. ¡Tengo un señor, que es Dios; un dominio, que es la tierra; un medio, que es el trabajo; un objeto, que es el bien; una promesa, que es el cielo; un hermano, que es el hombre; un auxiliar, que es la mujer!

Marchemos.

Ese es el grito del hombre hecho cristiano.

Siete mil años han transcurrido desde la creacion; ya estamos de vuelta. Desatemos el acta de acusacion del proceso Dubourg de su cinta negra y leamos:

*«Mr. Le Roy Dubourg se casó en 1869 en Villiers, cerca de Vendome, con Dionisia Mac-Leod, que contaba por entónces 19 años de edad. Ambos pertenecian á familias honradas.*

*«De carácter cariñoso, pero desigual, caprichoso y áun violento, de una imaginacion ardiente y algo desordenada, la jóven esposa hubiera necesitado que la hubiesen dirigido con mano prudente y firme. Desgraciadamente su marido, siendo de carácter fácil y de un natural franco, no era sin embargo capaz de tomar una influencia saludable sobre su mujer..... Además no se ocupaba de nada, y no sabia en qué emplear el tiempo, etc., etc.»*

No pasemos de aquí; no necesitamos ir más léjos.

Ya veis que esta verdad, Dios Todopoderoso, el hombre mediador, la mujer auxiliar, es la base fundamental de nuestras sociedades civilizadas, y lo primero que hace un magistrado en una de las luchas de lo masculino con lo femenino, cuando éste último

ha sido destruido en su forma por no haber podido ser vencido en sus instintos, es justificar estos dos hechos.

Las malas tendencias congeniales de la mujer, que sin embargo de pertenecer á una familia honrada no han podido ser modificadas por la educacion.

La necesidad que tiene el hombre de saber dirigir á ese auxiliar que no posee nunca direccion propia. Nada, pues, se ha cambiado desde hace siete mil años, y aquí estamos vos y yo á nuestra vez frente á todas aquellas cuestiones que se levantan tarde ó temprano delante de todo hombre que piensa un poco.

Las religiones, las filosofias, las ciencias, la literatura, la historia, la experiencia, el trabajo, el dolor, la observacion de nuestros semejantes, el exámen de todas las cosas, todas las corrientes de la inteligencia, del corazon y del alma han depositado en nosotros oro y fango, una cantidad de nociones contradictorias, materiales encontrados, con los cuales, sin embargo, ántes de morir debemos, si verdaderamente somos hombres, establecer nuestra conciencia. Respecto á mí, y me complazco en creer que os sucederá lo mismo, nada hay que me turbe, nada que me oprima; mi inteligencia se halla en equilibrio, mi corazon en armonía, mi alma confiada, y siento dentro de mí muy distintos en sus atribuciones y muy de acuerdo hácia su fin esos tres agentes inma-

teriales que son mi parte divina en este mundo. Ni la ambicion, ni el orgullo, ni el dinero tienen el poder más tiránico de todos, de hacerme decir lo que no pienso, y de impedirme que diga lo que pienso. Yo no pertenezco á ninguna doctrina, ni á ninguna secta ni sociedad secreta; en fin, soy libre en la acepcion eterna de la palabra, y tengo conciencia de lo que hago. Me aislo, me recojo, asciendo á la montaña y desde allí miro lealmente abajo, alrededor, encima y más allá.

Siempre es el mismo espectáculo.

Abajo, las ciudades, el ruido, la tierra, los hombres en busca de la felicidad por todos los medios posibles;

Alrededor, la Naturaleza regular, fecunda, silenciosa, impenetrable, de buen consejo, velada, pero no impenetrable;

Encima, el cielo lleno de secretos, inconmensurable, infinito;

Más allá, lo incógnito, en donde cada religion ve una promesa, en donde cada filósofo encierra un misterio, y de lo cual en último resultado no se ocupa el hombre sino en el momento de entrar allí. Libre de toda preocupacion y de toda influencia terrestres, estoy en el centro mismo de la vida universal, y la creacion entera me habla á mí, átomo, lo mismo que habló á Noé en el monte Ararat, á Moisés en el monte Sinaí, á Jesús en el monte Olivete, como

habla al más humilde de los mortales cuando se halla decidido á escucharla y á creerla.

Pues bien; si yo tuviese un hijo, el dia en que cumpliera 21 años me lo llevaria á mi montaña, y allí le diria: «Ya conoces las ciencias exactas y positivas, cosa que muchos hombres ignoran; sabes tambien una porcion de cosas que yo no he sabido nunca y que ignoraré siempre, porque mi juventud se ha dispersado al acaso y el principio de mi edad madura se ha pasado en buscar y reunir sus pedazos para sentar mi vida, recogerme y comprenderme. El tesoro de conocimientos que has adquirido lo irás aumentando cada dia si tienes cuidado, método y perseverancia. Es tu dominio terrestre, explótalo como mejor te parezca, pero siempre en vista de los progresos de esa humanidad á que perteneces. Pero esto no es más que un dominio, lo que te hace falta es un reino; y aquí ya no es cuestion de memoria ni de erudicion, sino de conciencia, es decir, de conocimiento de los demás y de tí propio.

«Hoy tienes 21 años. La ley, que te declara mayor de edad, y por consiguiente dueño de tu movimiento, aún cuando esté en contradiccion con el mio; la ley, que te da desde hoy participacion en los destinos de tu país, esa ley, sin embargo, aplaza hasta los 25 años tu derecho para contraer casamiento, lo que prueba que considera la direccion de la mujer como la cosa más difícil para el hombre.

Me quedan, pues, cuatro años para enseñarte esta cosa tan difícil. Empecemos: algunos renglones serán suficientes si quieres creerme.

»Ya sabes, supongo, que no sólo te compones de sangre, de músculos, de nervios y de huesos. De este cuerpo, que es tu forma visible y que constituye tu sér palpable, algún día no quedará nada, y si esto fuera lo único que poseyeses en la tierra, serías inferior al león como fuerza, al roble como altura, y á la carpa como duración. Tienes entonces otra vida además de la de tus órganos, y allí es donde empieza tu superioridad sobre el resto de la creación. *Tú* piensas, comprendes, sientes, te acuerdas, esperas, sufres, amas y no odias felizmente; pero en fin, mil impresiones se dejan sentir, se encadenan, se combinan, y viven en otro *tú* invisible que tu forma limitada contiene sin poderlo limitar.

»Existes, no sólo en lo que es *tu* sér, sino también en lo que está fuera de tí; formas parte, no solamente de la creación material con la cual estás en relación incontestable, sino también de otra creación invisible en su forma que constituye aquel mundo de ideas y de sentimientos al cual hemos dado el nombre de alma. Por la primera creación sabes que eres el igual de todo lo que nace, vive, se reproduce y muere alrededor tuyo; por la segunda te sientes superior á todo aquello y llamado á pesar tuyo hácia lo que es eterno é infinito, hácia el mismo Criador, quien al

gratificarte con un alma sólo te hubiese hecho un donativo superfluo, inútil y hasta peligroso si esta alma no encerrase el deseo de conocerle é identificarse con él.

»¿Porque tú no puedas imaginar ni definir la forma de este Criador debes dudar de su existencia? ¿Acaso puedes definir mejor la forma, el sitio, el mecanismo de tu pensamiento, de tu dolor, de tu memoria, de tu vida? De donde resultaría entonces que tu pensamiento, tu dolor, tu memoria, tu vida tampoco existirían, y que aquellos que dicen que piensan, que sufren, que se acuerdan, que viven serían unos locos, mientras que por el contrario lo son cuando dejan de pensar, de sufrir, de acordarse y de vivir de esta vida indefinida. Desde el momento en que mil cosas pueden ser evidentes por sus efectos, sin serlo en su forma, el Criador invisible se hace evidente por su creación formal, lo mismo que mi pensamiento, mi dolor, mi memoria, mi vida por las manifestaciones visibles que hago. En cuantos sitios no exista ó haya dejado de existir la idea de Dios, no puede haber más que tinieblas, confusión y barbarie. Yo soy porque Él existe; Él existe puesto que yo soy.

»Si al darnos esta manera de existir que nos es propia, el Criador no nos ha dado más que el sentimiento, la convicción, sin el conocimiento exacto de su sér formal, es porque este conocimiento exacto

no podría conciliarse con la obra secundaria que tenemos que cumplir.

»Conociendo á Dios en su integralidad, ya no quisiéramos ser sus servidores, sino sus iguales. Y segun la tradicion, esto es lo que se proponia el primer hombre cuando á hurtadillas comió la fruta del árbol del bien y del mal. La humanidad ha heredado este deseo, mas no está de acuerdo en cuanto á los medios. El medio existe sin embargo; la palabra de Jesús nos lo ha dado una vez para siempre. Y esa es la razon por la cual, querido hijo, te he enseñado la tradicion de la Biblia y educado en la moral del Evangelio. Te he asegurado que sólo hay un Dios, que te he enseñado á admirar y á glorificar; te he hecho comprender lo que son un padre y una madre, y lo que les debe tu corazon. Te he prohibido hacer á los demás lo que no quisieras que hicieran contigo, y te he enseñado, si no á querer, esto no se aprende tan pronto, por lo ménos á respetar al prójimo como á tí propio, y á ayudarle y socorrerle segun tus fuerzas. Nunca te has apropiado el bien ajeno, y nunca has faltado á tu palabra; por fin, si te has visto tentado por la mujer de otro, gracias á tu trabajo y á tu voluntad no has sucumbido á la tentacion, has permanecido casto, y ahí te encuentras lleno de fe, fuerte y virgen frente al amor y por consiguiente al matrimonio.

»Ahora que ya conoces bien tus relaciones con el

Criador, á la vez que con la creacion; ahora que comprendes bien el significado de tu mediacion terrestre, quizás te atrevas á decir á lo *femenino*: «¿Qué hay de comun entre los dos?» ¿Y te consagrarás únicamente y en tu totalidad al amor de las cosas que no perecen, de Dios, de la Naturaleza, de la humanidad, de la ciencia, del arte? Si has llegado á este punto, nada me resta que decirte, hijo mio; está resuelto el problema, y yo me prosterno ante tí, dando gracias á la mujer que me ha ayudado en la obra de tal hijo; mas si la superabundancia de vida contenida en tí quiere desahogarse en otra forma diferente de la tuya; si experimentas la necesidad de amar y de ser amado, no sólo en tu corazon sino con tus sentidos, y si crees poder hacer lo que han hecho otros hombres de los más útiles y grandes, con riesgo de los peligros de la alegría ó del dolor; si crees poder conciliar el amor con tu mision de hombre, no busques el amor fuera del casamiento; allí sólo está, porque allí sólo existe la estimacion y el respeto. El amor sin el aprecio no puede durar mucho ni elevarse muy alto. Es como un ángel que sólo tiene un ala. Oirás decir, sin embargo, alrededor tuyo que un hombre civilizado debe conocer mujeres ántes de casarse, aunque sólo sea para aprender á conocer á las mujeres y no parecer ridículo y torpe ante la que va á ser su esposa. Esto que oirás no es cierto. No es la posesion física la que nos hace conocer á la mujer.

Cuanto más las mujeres, fuera del casamiento, divulgan los secretos de su cuerpo, más guardado tienen el de su alma. Una mujer que posee un amante, siempre tendrá algo que ocultarle. Cualquiera sacerdote que sea inteligente y *casto*, al cabo de seis meses de confesionario conoce mejor á las mujeres que D. Juan Tenorio con toda su lista de mil y tres. Además, las mujeres que conocerías de esta manera, ó serian mujeres malas que te desviarían de tu camino, ó mujeres honradas á quienes apartarías del suyo. Las primeras sólo te enseñarían á despreciar á las mujeres, y las segundas á despreciarte á tí mismo. Cuando encuentres á una mujer, bien sea despues, bien sea ántes de casarte, si está abajo, trata de hacerla subir; y si se halla arriba, no la hagas nunca rebajarse. No hay espectáculo más bello que el de una mujer honrada. Con esto ya sabes sobre el particular tanto como cualquiera pueda saber.

»Cásate, pues, en cualquiera esfera que sea, siempre que la que elijas por esposa sea creyente, púdica, laboriosa, sana y alegre, sin ironía. No te cases nunca con una jóven burlona. La ironía en la mujer es el sintoma del infierno. Trata de conocer bien á los padres. ¡Tales padres, tales hijos siempre! Cuando hay una excepcion á esta regla, la excepcion sólo es aparente; es que no se ha observado lo suficiente. Guárdate bien de imponer á tu mujer la maternidad; debes hacérsela comprender y de-

sear. Utilízala á menudo, pero respétala siempre en su forma; no la glorifiques sino en su valor de esposa y en su funcion de madre; pero que lo sea en el verdadero y noble sentido de la palabra, y que lo sea lo más á menudo posible. Los numerosos hijos de una madre como ella y de un padre como tú, son, no solamente la bendicion de la familia, sino el ejemplo, que vale más que la misma leccion, sin duda porque es más difícil darlo. Todo aquel que en su vida íntima no sigue los principios ó los consejos que da, es un hipócrita ó un loco, que sólo merece se le vuelva la espalda. Si Jesús se hubiese contentado con explicar su admirable moral sin practicarla él mismo, no hubiese creado su religion; sólo hubiera expuesto una doctrina para que muriese muerto con él. Ha sido divino por la conformidad de su vida con sus preceptos.

»Sé, pues, tan intachable como le exiges á tu compañera que lo sea, para no causarle ningun disgusto y no proporcionarle ninguna disculpa. Iniciala de una manera leal á tu destino humano y divino, con el objeto de que si tú llegas á morir ántes que tus hijos estén en aptitud de dirigirse á sí mismos, ella no necesite de otro hombre para esta direccion, pueda constituirse padre y madre á un tiempo, que es el grado más alto á que puede llegar la mujer, colocada y desarrollada en su valor.

» Hazle comprender la vida, que es muy sencilla;

explícale la muerte, que es muy fácil, cuando se hace de la vida el uso que debe hacerse de ella; y que esté bien convencida que la una y la otra sólo son medios para la eternidad, en la cual entráis ambos, y en donde ya nada os podrá separar, porque no habeis sido el Hombre-Mujer, sino para estar unidos en un solo amor.

» No olvides que al tomarla por auxiliar te comprometes á ser para ella un esposo, un amigo, un hermano, un padre y un sacerdote. Ninguno más que tú debe penetrar nunca en su alma, cualquiera que sea el carácter del cual estés revestido. A pesar de lo que ha dicho Voltaire, no es nuestra credulidad la que hace al cura poderoso, es nuestra ignorancia la que lo hace indispensable. Una vez que tengas conciencia de tí mismo, ya no necesitas intermediario entre tu Dios y el suyo, que es el mismo en tí y por tí. Ultimamente, si eres del número de los que saben, pruébalo uniendo los tres lados del triángulo: Dios, el hombre, la mujer.

» Y si despues de todo, y á pesar de tus precauciones, de tus enseñanzas, de tu conocimiento de los hombres y de las cosas, de tu virtud, tu paciencia y tu bondad, te han engañado con apariencias ó falsedades; si has asociado tu vida á una criatura indigna de tí; si despues de haber intentado inútilmente hacer de ella una esposa como debe ser no has podido salvarla por la maternidad, esa redencion ter-

restre de su sexo; si ya no quiere atenderte ni como esposo, ni como padre, ni como amigo, ni como señor; y si no se contenta con todo esto, sino que tambien abandona á sus hijos y se va con el primero que se presenta á dar vida á otros séres que seguirán conservando su casta maldita en este mundo; si no hay nada que la impida prostituir tu nombre con su cuerpo; si ella te limita en tu movimiento humano; si te detiene en tu accion divina; si la ley que se ha otorgado el derecho de ligar ha prohibido el de desligar y declara su impotencia, proclámate personalmente, en nombre de tu Señor Dios, el juez ejecutor de aquella criatura. Aquello no es la mujer, ni siquiera una mujer: no está dentro de la concepcion divina; es puramente animal, es la mona del país de Nod, es la hembra de Cain: — máatala.»

Esto es, caballero, lo que yo diria á mi hijo si lo tuviera; pero este hijo yo no lo tengo. Mi consejo, pues, queda sin efecto, como otros muchos, porque sólo á los hijos que uno ha hecho y que uno mismo ha educado tiene derecho á inculcar ideas tan absolutas y probablemente tan insensatas como las mias.

De todos modos, esas son las ideas que fijas en mí hace tiempo, confirmadas por la lectura de vues-

tra agradable carta, y evocadas de repente, no he podido resistir al deseo de comunicaros.

Aceptadlas, querido colega, no como hijo sino como compañero, con la expresion de mis mejores sentimientos.

A. DUMAS HIJO.

Junio de 1872.—Seignelay.

*(Debajo del castaño.)*

## LA MUJER-HOMBRE.

CONTESTACION DE UNA MUJER

A

MR. ALEJANDRO DUMAS.